

(Viene de la pág. 1)

Tour", dejó primero su firma grabada a cincel en una de las columnas del templo de Cabo Sounion, como un turista más, y su vida en la batalla de Missolonghi, después. En todo ello podemos intuir, más que advertir claramente, un proceso de ilógica dialéctica, de mundos interesantes expuestos a un vertiginoso devenir histórico, y con algunos toques de cierta mecánica de la estética contemporánea que filósofos alemanes convinieron en llamar *Kitsch*, hacia Mil novecientos treinta.

EL SUEÑO HELENICO

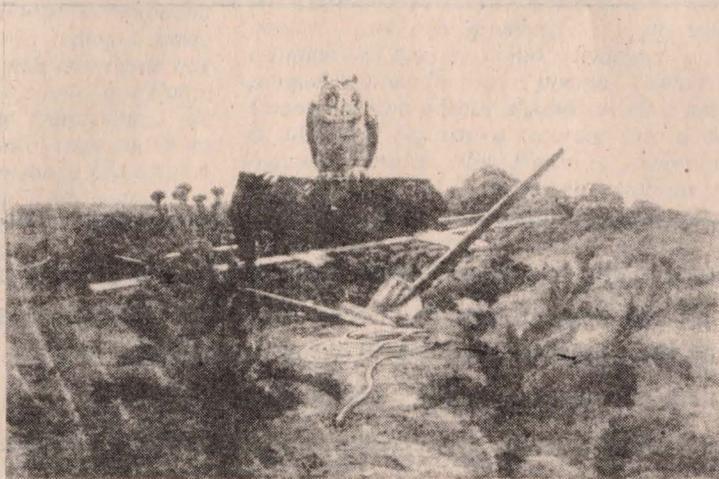
Sin duda, la independencia griega era la válvula de escape tanto para unos como para otros: para los tempestuosos románticos incapaces de conducirse exitosamente, y más grave aún, libremente, en los países dominados por reaccionarias monarquías; para los nacionalistas liberales que, tras sacudirse la denominación napoleónica, soñaban con una Italia y una Alemania unidas; para los turbulentos franceses defraudados por el éxito y el fracaso del Imperio; para los plácidos ingleses, tan "a la mode", por un lado. Y por el otro, para todos aquellos que contemplaban el panorama europeo no sin cierto temor y cansancio: para aristócratas y burgueses que veían peligrar su estabilidad en Francia, para cortesanos y propietarios austríacos, para sus favorecidos en los reinos y principados italianos y alemanes, y en general, para todo el mundo de la Restauración, incluía la propia Corona Inglesa, que veía en Grecia un tapón imprescindible para cortar los pies a previsibles peligros orientales en el Mediterráneo. Pero si realistas eran las motivaciones de esta otra facción, se adornaban de imposibles mundos de ensueño, en una algodónada estética evasiva, cuyos intérpretes no eran los sufridos combatientes nacionalistas ni sus masacradas familias, sino Feno y Las Musas. Una "fuga hacia lo irracional, como fuga hacia lo idílico de la historia, en la que prevalecen las convenciones consolidadas", diría Hermann Broch; y si los nacionalistas y liberales ponen en peligro la autonomía del sistema de creación artística, al introducir un elemento dogmático, en este caso la fe política, —lo cual ya es un resorte *Kitsch*, en un momento en que dicha autonomía aún no es el centro de los debates sobre Estética—, éste guarda aún esa racionalidad que el *Sehnsucht* disolverá en un reaccionario y paradisiaco, además de rezagado, plantel neogriego, esta vez sí, genuinamente *Kitsch*.

Psique, convertida por Amor en mariposa, vino un día a estrellarse contra su rostro. El gusto neoclásico se perpetúa desde el estilo Primer Imperio hasta la ecléctica debacle *Fin de Siecle*. Pero llega allí confundido entre contractuales neblinas, visiblemente acartonado. Comparando ambos, en palabras de Mario Praz, "se observará inmediatamente la diferencia entre el esfuerzo de los primeros en ofrecer como presencias reales formas que encarnan un metafísico ideal de belleza, y el posterior intento de rodear de una atmósfera de

sueño unas formas de las que participan el común de los mortales": es el opio clásico, *le rêve h'ellénique*. Consideremos los versos de Angelo María Ricci, o los de Foscolo entresacados de la *Ode a Luigia Pallavicini*:  
*I balsami beati  
 Per te le Grazie apprestino,  
 Per te i lini odorati  
 Che a Citea pergeano  
 Quando profano spino  
 le punse il piè divino (...)* donde encontramos a Amor y a las Gracias conviviendo en la estancia de la hermosa dama, como realmente ocurría en el dormitorio de una mujer acomodada en el tiempo del Primer Imperio: decoraciones pompeyanas, númenes coronando la cabecera de la cama, o sirenas soportando el lavabo. Quizás Foscolo sea lo bastante alejandrino para que acercarlo al sentido *Biedermeier* sea un tanto arriesgado; Ricci reflejaría mejor este carácter. Pero era precisamente rectitud clásica, rigor romano, el que reivin-

dicaba Giosué Carducci, ya pasada la mitad de siglo, y siguieron reivindicando gran parte de la crítica y aquella *gioventù fascista* que le convirtió en espejo de virtudes nacionales hacia los años treinta. De algunas composiciones de juventud, clasicistas inflexibles, surgidas en torno a su actividad antirromántica en el círculo de "Los Amigos Pedantes", se toma en la Italia fascista al poeta como al cantor de la pureza viril e imperial de la Patria, de la Roma Eterna, no sin la colaboración de ciertos críticos tendenciosos. Pero su verdadero y voluminoso aporte poético raya el agobio, a base de insípidas deidades encuadradas con una efectista teatralidad, en una naturaleza parnasiana:

*Ti rapirò nel verso tra i sereni  
 Ozi de le campagne a mezzo il  
 giorno,  
 Tacendo e rifulgendo in tutti i  
 seni  
 Ciel, mare, intorno,*



Caspar David Friedrich, "Paisaje con sepulcro, féretro y Búho"

*lo per te sveglierò da i colli  
 apprichi  
 le Driadi bionde sovra il piè  
 leggero  
 E ammiranti a le tue forme gli  
 antichi  
 Numi d'Omero (...)*

y éste es el poeta que, según Arturo Marpicati, "no hacía concesiones a exotismos de ningún tipo".

ARNOLD BOCKLIN,  
 EL CAMALEON

Muy acertadamente ha hallado Mario Praz en Arnol Bocklin un parangón plástico de Giosué Carducci. Pero una atenta revisión de los pasos dados por el pintor suizo podría arrojar mucha más luz sobre un estilo tan ecléctico y ultramontano que se puede tachar de *Kitsch* sin reparo alguno. Nacido en Basilea en 1.827, vivirá en Roma el largo período de 1.850 a 1.857, donde contraerá matrimonio, después de haber vivido en Bruselas, Amberes, Zurich, Ginebra, y constatóndose su presencia en París en 1.848, de donde tiene que huir tras los sucesos de Julio. Como romántico y revolucionario participó en las barricadas parisinas, y su acusada germanidad inicial, le hacía concebir un paisaje sobrio, de anchas perspectivas, y simbólico a la manera de Caspar David Friedrich. Volviendo a Alemania en 1.857, dos años más tarde, su "Pan en el rosal" atraerá la atención del público. Mientras anteriormente se consideraba un mal apreciado pintor, que subsistía gracias a algunos retratos encargados, merced a una obra en la que los símbolos se esteriotipan en un dulzón

sátiro, llenando a la vez el paisaje del elemento anecdótico, consi-gue el mecenazgo del Conde Schack, y gana una plaza de profesor en la Escuela de Bellas Artes de Weimar. Y su consagración definitiva, en una nueva vuelta a Italia en 1.862, vendrá una ocasión de una nueva obra de cariz arqueologizante: su "Villa al borde del mar", realizada tras el deslumbramiento que sintió al visitar Pompeya y Nápoles. El pintor cuyo primeros cuadros poseían el sentido casi peligroso del paisaje que caracterizó la escuela alemana de la primera mitad del siglo, va destiñendo su carácter emblemático nacionalista, y perdiéndose entre las bagatelas de la *divina antiquité*. Volverá triunfante a su ciudad natal, llenándose de encargos provenientes de instancias tanto particulares como comunales. Tal es la devoción burguesa que suscitarán sus escenas mitológicas, que los prolíferos reproches a la acidez de sus colores, se convirtieron en alabanzas al "genuino sello individual" en que se traducía dicho achaque. ¿Cabe esperar mayores sorpresas en este juego de camaleonismo estético? Sí, y fuertes, como ahora veremos.

Friedrich, el gran maestro alemán de la primera mitad del siglo, había reflexionado en diversas obras que jalonan su producción, sobre el tema "Muerte, Caducidad y Sepulcro". Sus visiones fantasmagóricas de las ruinas de monasterios góticos que se alzan sobre la nieve con una potencia dórica —la fuerza de la Nación Alemana resurgiendo de su eterno pasado— sirviendo de

(Pasa a la pág. III)

Cartas de un bravucón

JOSE DEL SAZ-OROZCO  
 Abogado y Ferroviario

Galapagar, 5 de Septiembre 1.984

Querida M. B.: no resisto la tentación de escribirte y aquí estoy, apasionado. Otra vez te imagino, vehemente y cordial, apresurada en tus modos, ononda con tus oropeles y tus sandalos, obesamente esbelta, fielmente taimada, dulce como un bollo..., en fin, ya ves que me deshago y deshago en tí.

He estado en un concierto y tengo que contarte, M. B.; pues en medio del musical contraste se me ha ido el santo al cielo. Liadísimo estaba cuando escuché "La vida secreta de las plantas" y repentinamente he recordado —como un fogonazo de mi fiel locomotora— el aspecto feliz que ofrecen las plantas, la cosas y los insectos, los animales, los vientos, el cosmos todo, los planetas y los electrones, la vida unicelular, los espíritus que nos abandonaron y quizás vuelvan.

Posiblemente tú, paloma de las trenzadas barbas, que me desollas el alma con tus renuncias, con los contados mensajes que casualmente me mandas ¿no sabes que por ello estoy desconsolado?

Sí, querindonga mía, excepto la humanidad, todo lo demás funciona. ¿Viste alguna vez a un animal maltratar, matar, a sus

semejantes? ¿Viste animales pobres? y la cara que tienen de felices; ahí tienes a mi gata: como una reina.

Gorda mía ¿a caso no intuyes como giran y giran los planetas?, entre ellos hay un orden que no existe en nuestros corazones.

Así, trompo mío, me he ofuscado y perdido la mitad del concierto, intentando poner orden en una madeja de siete cabos. Vamos, que me siento como un arcángel si apareces tú, como una virgencita de antaño, en el altar de mis sueños.

M. B., se me ocurren unas cosas que no me entero donde está el apeadero y me tengo que bajar en una nube. Menos mal que a tí tengo, que eres una nube de carnes magras.

Hablando de magras, he preguntado a D. Venancio, como te prometí, por el medicamento que me pediste y dice que no lo hay, pero que ha salido uno nuevo que se llama "Senostén". Cree que irá muy bien a tus creciditas mamarías. De todas formas ya te he dicho otras veces que te compres unas buenas bañeras, que los remojos fríos son extraordinarios. La verdad es que eres un poco pesada con todo eso, ya sabes: nada de complejos, lo único que se consigue es fatigar el espíritu. Tú no

te preocupes, boba, que tienes quien te quiera, lerdá

Me ofusco y te digo unas cosas horrosos, pero es que me encandilo, reina. Ya sabes que me va la marcha.

Cuando me conteste dime lo que haces, si entras, si sales, con quién vas, que nunca me dices nada y yo sufro. A ver si me voy a llevar un desengaño. Aunque sé que no.

He visto a Valdilucho, ahora que me acuerdo, y dice que te vio. Sigue con la cara de conejo de siempre, con esa sonrisa de terrateniente que tanto me altera el bazo (que sabes me rompí cuando joven, de un pelotazo).

Yo en realidad lo hago por la hermana, que tiene cara de mujer y me mira a los ojos, como hacen los hombres que se precian de ambiguos en su mirada.

He estado con Vincenza, la italiana de Firenze. Está encantada, dice que te mandará las sedas para tus pasamanos. Tú puedes enviarle unas pasas de Corinto, que parece algo histórico. Desde luego es de agradecer lo que está haciendo por tí. Agua pasada no mueve molino, pero alegre el camino, y bien es verdad, tú, tan cerquita del Tajo, con tus mieses, tus perdices, tus estupideces que yo adoro.

Gordullosa mía, me avisa el factor que vamos a salir. Parto pronto para Pamplona. Te enviaré polvorones, bombones vasquitos y pastillas nesquitas. Te besa las barbas tu bravucón.

pepe.

